

—No—me responde—. Estos impresos son míos, particulares, y los he traído aquí, provisionalmente.

Paso mi vista por las historias que esparcen sobre la mesa y veo, perfectamente, que de sus múltiples casilleros sólo hay ocupados los que se refieren a la dirección del enfermo, y, en algunos, el del diagnóstico. Hemos leído dos de estos diagnósticos: «*Sordera*», «*Cojera*».

ACTUA ASUERO

—¡ Adelante !

Es Asuero el que nos hace pasar a su sala de operaciones echándonos el brazo por el hombro con aire de simpática camaradería. Y agregando:

—¡ Lo verá usted todo ! Aquí no hay trampa ni cartón. La actitud de su visita no puede ser más noble. Ver, primero. Luego, enjuiciar. Es lo decente.

Poco hay que mirar en esta pieza para tardar en su descripción. Una mesita hotelera arrimada a la pared ; sobre ella unas bateas que contienen todos los conocidos dispositivos del galvanocauterio allí presente, que se alimenta de un pequeño aparato Sanitas, por lo visto abandonado ya en su uso. Hay también sobre la mesa unos espéculos nasales bivalvos, de tornillo, y unos cuantos estiletos rígidos y articulados. Complétase la sencilla dotación con un foco eléctrico frontal y una lámpara de alcohol de las usadas en los infiernillos de café. Cerca de la mesa, una silla de junco que se destina al enfermo. Entre la silla y la mesa, fijo en la pared, en enchufe de corriente que hay en todos los cuartos. Y nada más.

Asuero comienza por enojarse, y ya, durante todo la sesión, continúa el enojo en progresión geométrica, valga el símil. Grita a no sé quien culpándole de tener descompuesto el picaporte de su sala. Al ir a usarlo se ha hecho sangre en un dedo. Se dirige a la puerta del cuarto de baño y da otras cuantas voces, hasta que aparece un chico y le ofrece un espéculo y un estilete. Regaña al chico por su desaliñado indumento, y después grita:

—¿ Pero cómo no ha pasado ya el enfermo ?

Tamés le hace pasar en el acto. Es una pobre mujer que entra desenrollándose una venda puesta en la pierna derecha. No hay interrogatorio ni historia clínica. Pero, en fin, a la vista tenemos unas varices sobre las cuales quiere decir algo la propietaria.

—¡ Siéntese y calle !

—Mire, doctor ; el caso es que...

—¿ Pero se quiere usted callar ? ¡ Dios, y que manía de contarme lo que nada me importa !

Asuero se ha colocado el foco frontal, en tanto la mujer, quitada la venda, muestra en ambas piernas, sus varices, y, en el rostro su pánico. Antes de introducir el espéculo Asuero pregunta:

—¿ En qué lado duele ?

La enferma titubea con cara inexpresiva. Asuero se irrita más.

—Que en cuál lado le duele. ¿ En el derecho, o en el izquierdo ?

—En el derecho—balbucea la enferma.

Y Asuero pone el espéculo en la fosa nasal derecha. Flamea levemente un estilete puntiagudo y me lo muestra: